

ALUSIONES DE LOS TROVADORES AL PSEUDO ALFONSO EL BATALLADOR

Por FEDERICO BALAGUER

EL interesante artículo de Ubieto Arteta, que se publica en este número de ARGENSOLA, sobre el falso Alfonso el Batallador, pone de relieve un apasionante momento de la historia aragonesa, que rebasa el simple interés anecdótico del suceso, revelando un cierto descontento y malestar en Aragón durante la segunda mitad del siglo XII. Como complemento, publicamos estas notas que tratan de señalar las repercusiones que tuvo el suceso en la poesía provenzal.

LA MUERTE DE ALFONSO I DE ARAGÓN

Es hoy todavía un punto oscuro en la investigación histórica el relativo a la muerte del rey Batallador, que no ha podido ser totalmente aclarado, pese a pertinaces esfuerzos. Dada la brevedad de esta nota, utilizaremos solamente una parte de las fuentes documentales y crónicas, las de mayor autoridad y las más próximas al suceso.

La *Crónica de Alfonso VII*, escrita en el siglo XII, afirma que el rey logró salvarse del desastre de Fraga, huyendo con diez caballeros, entre los cuales se hallaba el señor de Monzón, García Ramírez, futuro rey de Navarra. Alfonso, abatido por la derrota, se refugió en San Juan de la Peña y consumido por la tristeza murió poco después ¹. Análogo

1. *Chronica Adefonsi Imperatoris* (Luis Sánchez Belda), Madrid, 1950. Esta edición no se halla en las bibliotecas oscenses, pero, en su defecto, puede consultarse la de *España Sagrada*, t. XXI, p. 341.

es también el relato de Orderico Vital, añadiendo que el rey, quebrantado por los trabajos y por los infortunios, enfermó, muriendo después de ocho días ². La huída del rey aparece confirmada por un documento de Calahorra, de 16 de agosto de 1134, muchas veces mencionado: «Después de aquella grande y mala matanza de cristianos en Fraga, en la cual casi todos murieron a espada, excepto unos pocos que desarmados huyeron con el rey» ³.

No difiere mucho la narración del historiador árabe Ibn-al-Athir que habla de la derrota de Fraga, la huída del rey y su muerte en Zaragoza, no mucho después, apesadumbrado por la derrota ⁴.

El Cronicón de San Víctor de Marsella, después de referirse a las victoriosas batallas, libradas por Alfonso contra los musulmanes, dice que «junto a Fraga fue derrotado por los musulmanes en el asedio de esta ciudad y no mucho después expiró junto al castillo de Almuniente ⁵. Viene a coincidir con esta fuente un cronicón aragonés, cuyas noticias fueron recogidas en varios anales, algunos castellanos: «Era MCLXXII lidio el rey de Aragon con Avengania en Fraga el dia de santa Justa et Rufina. Et morio el rey don Alfonso en Porellino, devant Saraguená». En próximo trabajo trataré del valor de esta fuente.

Un grupo de documentos de Ramiro II alude a la muerte de Alfonso con desesperante concisión. A juzgar por las expresiones que estos documentos usan a veces, parecen indicar una muerte natural (*quando frater meus Adefonsus fuit defunctus*). Tanto las noticias de los diplomas como los necrologios fijan la fecha de la muerte el 7 de septiembre, unos cincuenta días después de la derrota de Fraga. No es posible analizar en este breve resumen la hipótesis que habla de dos derrotas en el asedio de aquella plaza, o de un encuentro, también desgraciado, con los musulmanes cerca de Sariñena.

En conclusión, las fuentes más antiguas, aunque difieren en varios detalles, coinciden en afirmar que Alfonso no murió en la batalla de Fraga, sino poco tiempo después, a consecuencia de enfermedad o abatido por la desgracia.

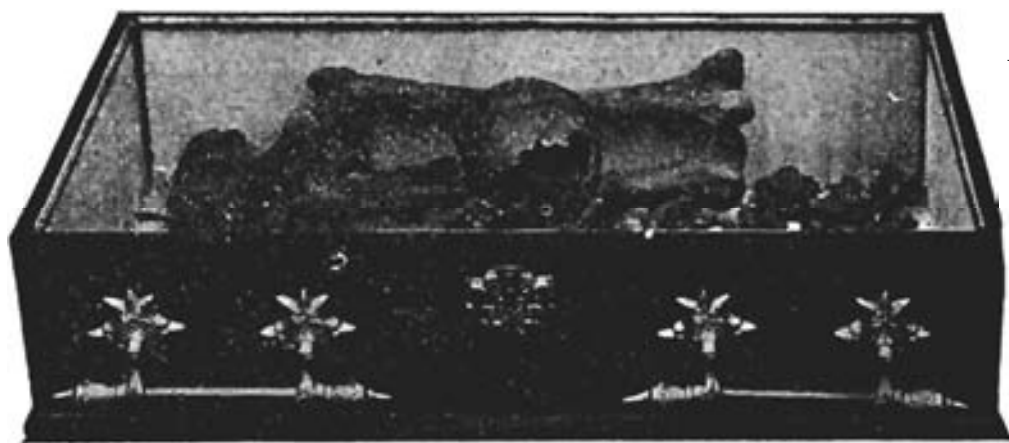
2. ES, X, 604.

3. J. M. LACARRA, *Documentos para el estudio de la reconquista del valle del Ebro*, en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. III, p. 573.

4. F. CODERA, *Almoravides*, p. 269. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *La España musulmana*, II, Buenos Aires, p. 190.

5. ES, XXVIII, 337.

Más tarde, aparecen una serie de crónicas en las que se apuntan diversas versiones sobre la muerte de Alfonso, entre ellas, la de haber perecido en la batalla. Son ya del siglo XIII y sus relatos están mezclados con episodios legendarios. Así la *Crónica* del arzobispo don Rodrigo, la *General*, la *Navarro-aragonesa*, llamada por Ubieta de los Estados Peninsulares, la *Pinatense*, etc. En este grupo, deben incluirse también los *Anales toledanos*, que usan una frase un poco vaga («Fue la batalla de Fraga... e fue vencido el rey d'Aragon e perdióse allí») y otros pequeños cronicones.



Restos de Alfonso el Batallador, según fotografía obtenida por don Enrique Capella en mayo de 1920.

También don Pascual Galindo en su tesis doctoral sobre Alfonso el Batallador supone que Alfonso murió en el encuentro de Fraga, a juzgar por la alusión que hace en su reciente discurso *Ramiro II. 1137-1957* (véase ARGENSOLA, t. VIII, p. 340), pero, no habiendo sido publicada su tesis doctoral sobre el rey Batallador, desconozco por completo en qué argumentos se basa.

Acaso, el estudio anatómico de los restos del monarca pudiera darnos la solución de este enigma, contando además con el trabajo que el doctor Gorgues está realizando acerca de los restos de su hermano Ramiro, estudio que, además de demostrar la autenticidad de éstos, dará lugar a interesantes conclusiones.

EL MITO DEL REY BATALLADOR

La muerte de Alfonso, poco después de la terrible jornada de Fraga, en la que habían perecido una gran multitud de caballeros aragoneses, casi todos los auxiliares francos y los obispos de Huesca, Barbastro y el abad de San Victorián debió de impresionar profundamente al pueblo aragonés. La crónica de Alfonso VII, aunque usando un estilo literario y ampuloso, habla del inmenso dolor de sus súbditos, que se consideraban desamparados ante el peligro musulmán. Las desgracias que se abatieron sobre el reino aragonés en los años siguientes—separación de territorios, retroceso de la frontera con los musulmanes—crearon un clima propicio a la exaltación mítica de la figura de Alfonso, desfigurada muy pronto por la leyenda.

Es cierto que la unión de Aragón y el condado de Barcelona abrió nuevos cauces a la expansión aragonesa y constituyó un acontecimiento tan feliz que podía hacer olvidar las conquistas del Batallador; pero, con todo, no dejaron de suscitarse problemas. En algunas clases sociales surgió cierto descontento. Hacia 1145, el poderoso don Pedro Talesa se enemistó con Ramón Berenguer IV, colocándose al lado del rey de Navarra, y al morir hizo donación de sus posesiones en la frontera aragonesa, incluso Borja, a las órdenes religiosas, lo que motivó una serie de negociaciones del conde con doña Talesa para solucionar aquel conflicto ⁶. En documento de doña Petronila se advierte un cierto descontento hacia la política que había seguido su esposo.

La menor edad de Alfonso II fue época propicia para alimentar ambiciones, mientras perduraba el recuerdo del rey Batallador, sobre todo, en las ciudades y burgos de francos, cuyos privilegios llevaban, con frecuencia, la firma de este monarca. La devoción del pueblo aragonés por el gran Alfonso, el probable nacimiento de relatos legendarios en torno a su figura, el olvido de las circunstancias, ciertamente confusas, de su muerte, crearon un clima propicio a la aparición de un pseudo Alfonso.

6. En próximo trabajo, pienso ocuparme de la posición de Pedro Talesa respecto del conde Ramón Berenguer.

EL FALSO ALFONSO

Los Anales de Teruel nos informan que el pseudo Alfonso pertenecía a la clase popular; era un menestral, un herrero. Indudablemente se trataba de una superchería. Si fue ahorcado en 1181, resultaría que, en esa fecha, el verdadero Alfonso tendría cerca de cien años, por lo menos; edad muy difícil de alcanzar por un guerrero, quebrantado por la dura vida militar, apesadumbrado por desgracias familiares, que no había logrado descendencia y dos de cuyos hermanos, Pedro y Fernando, habían muerto prematuramente. De los hijos de Sancho Ramírez, solamente Ramiro II, que llevó una vida relativamente apacible, logró alcanzar una edad cercana a los setenta años y tener descendencia.

El falso Alfonso surge precisamente cuando los contemporáneos del rey Batallador habían desaparecido. Los que vivían en 1175, solamente en sus años mozos pudieron conocerlo, y era relativamente fácil deslumbrar a las gentes con engañosos relatos.

UNA APORTACIÓN DEL PADRE HUESCA AL PROBLEMA

La autoridad de Jerónimo Zurita que narra el suceso en sus *Anales* decidió a los autores posteriores a admitirlo como verídico. Nos fijaremos solamente, ahora, en el padre Huesca, el diligente historiador de las iglesias aragonesas, que logró aportar un documento muy interesante y fechó la aparición del pseudo Alfonso hacia 1175.

Ya en el tomo V del *Teatro Histórico*, el padre Huesca dio cuenta de un hallazgo interesante que dilucidaba la cuestión del sepulcro del Batallador y en el VII decía lo siguiente: «Con el motivo de arreglar el archivo de Montearagon, y de reconocer todos sus instrumentos, tuve la dicha de hallar un privilegio del Rey D. Alonso II. llamado el Casto, sobrino de Don Alonso el Batallador, en que concede a los habitantes de Montearagon y sus términos privilegio de libertad, ingenuidad y

franqueza, remitiéndoles el noveno y otros tributos que pagaban, expresando que les hace esta merced por el amor de Dios, por la remisión de sus pecados y por el alma de su tío el Rey Don Alonso, que descansa en la Iglesia de Jesus Nazareno de Montearagon: *et anime regis Adefonsi, qui in Ecclesia Jesu Nazareni Montis Aragonis requiescit*. Su data en Huesca en el mes de marzo del año 1175. quarenta y un años no cumplidos despues de la muerte de Don Alonso el Batallador, quando es muy verisimil que viviesen algunos de los que se hallaron en su muerte, y concurrieron a darle sepultura, y poco despues de el mencionado suceso del impostor que fingió ser el Rey Don Alonso; con cuyo motivo se hablaria mucho de su sepulcro, y se publicaria el lugar en que estaba para desengaño del pueblo, pues habia cesado enteramente la causa de ocultarlo. En estas circunstancias otorgó el Rey dicho privilegio en presencia de Esteban Obispo de Huesca, Pedro Obispo de Zaragoza, Juan Obispo de Tarazona, y de diez y ocho Ricos-hombres que se nombran y expresan, seis de los quales fueron testigos especiales de lo contenido. Se conserva original con el signo de don Alonso II. y con la firma y rúbrica de Sancho de Piedra-Rubia su Secretario, que testifica haberlo escrito de su mano; cuyos instrumentos por su rúbrica, letra elegante y clara, y renglones separados más de lo regular, son bien conocidos de los que manejan los archivos de este Reyno, donde se hallan con frecuencia. En el mismo privilegio está la confirmacion original del Rey Don Jayme el Conquistador, que lo confirmó en el año 1228»⁷.

En el apéndice XVI inserta el documento. Indudablemente, como pensó el padre Huesca, la mención del sepulcro del Batallador está relacionada con la aparición del pseudo Alfonso. La fecha que señala el historiador oscense viene a coincidir con la que fija Ubieto Arteta. El falso Alfonso comenzaría a manifestarse hacia 1174; para desvanecer sus pretensiones, Alfonso II recordaría públicamente que su tío-abuelo se hallaba enterrado en el monasterio de Montearagón. El documento publicado por el padre Huesca, de marzo de 1175, demuestra el interés del monarca aragonés en este asunto. Después, el falsario se refugiaría en Francia, mientras Alfonso trataba de conseguir del rey Luis su extradición o su castigo. La fecha asignada por Ubieto a las cartas del rey aragonés, 1178, es ciertamente la más racional. El monarca confiaba a su hermano Berengario, obispo de Lérida y abad de Montearagón, el

7. P. HUESCA, *Teatro histórico*, t. VII, p. 674.

mismo que aparece en el documento citado por el padre Huesca, la delicada misión diplomática, que no sabemos si surtió efecto. Más tarde, el falsario reapareció en los estados de Alfonso II, pero fue detenido, tal vez, en Zaragoza, como dubitativamente expone Zurita, siendo ahorcado en Barcelona en 1181.

Figuran como testigos en el documento: Arnaldo de Turrerubea, maestro de la Milicia, Blasco Romeo, Pelegrín de Castellazuelo, Blasco Maza y Ximeno de Artusella, además del *scriptor* Sancho de Petrarubea. Ni Arnaldo ni los dos Blasco debieron de llegar a conocer al rey Batallador. Si Pelegrín de Castellazuelo es el mismo que figura en documentos de 1134 (acaso se le pueda identificar también con Pelegrín, señor de Naval), pudo conocer al Batallador personalmente. En sus años mozos, Ximeno de Artusella alcanzaría también el reinado de Alfonso, pero estaría tal vez lejos del aula regia, pues su padre, Galín Garciaz, había sido caballero del infante García, que en 1113 se rebeló contra el Batallador. El *scriptor* del documento, el célebre Sancho de Petrarubea, que todavía vivía en 1197, es posible que conociese al monarca, pues los Petrarubea eran notarios reales desde principios del siglo XII, pero, en todo caso, sería todavía muy joven.

ALUSIONES DEL TROVADOR BERTRÁN DE BORN

Como es sabido, las composiciones de los trovadores abundan en referencias a los sucesos contemporáneos, constituyendo una crónica viva y animada de las mil incidencias de la vida pública. La aparición del falso Alfonso el Batallador y su muerte en la horca encontraron eco en trovadores enemigos de Alfonso II. Uno de ellos, Bertrán de Born, a consecuencia del sitio que sufrió en 1183 por las fuerzas unidas de los reyes de Inglaterra y Aragón, estaba enemistado con el monarca aragonés. Obligado a rendirse, desahogó su enojo en un serventesio que, según Milá, «contiene las más absurdas aseveraciones, dictadas en parte por el odio, aunque fundadas, acaso, en las hablillas con que enemigos y envidiosos trataban de desquitarse de la pujanza de la casa de Barcelona»⁸.

8. M. MILÁ Y FONTANALS, *De los trovadores en España*, Barcelona, 1861, p. 93.

He aquí los párrafos en que alude al hecho de haber sido ahorcado el pseudo Alfonso que, naturalmente, él afirma ser verdadero:

<i>Lo bos reis Gartsia Ramitz</i>	<i>Per selha de cui es maritz,</i>
<i>Cobrerá, quan vida'l sofráis,</i>	<i>Per la bona reína-m lais,</i>
<i>Aragón qu'el Monges l'estraís;</i>	<i>E des que-m dis so don m'apais:</i>
<i>E'l bos reys navars, cui dreitz es,</i>	<i>Berenguier de Bezaudunés</i>
<i>Cobrará ab sos Alavés,</i>	<i>Li retraissera, s'il plagués;</i>
<i>Sol s'i atur:</i>	<i>Mas tot rencur</i>
<i>Qu'aitan cum aurs val mais d'azur,</i>	<i>Sos malvatz faigz que son tafur,</i>
<i>Val mil tans et es plus complitz</i>	<i>Quar per el fo mortz e trabitz</i>
<i>Sos pretz que del rey apostitz.</i>	<i>Don es sos linhatges aunitz.</i>

«El buen rey García Ramirez hubiera cobrado, a vivir bastante, Aragón de que le defraudó el rey Monje; el buen rey de Navarra a quien de derecho pertenece, lo cobrará seguido de sus alaveses con solo intentarlo; puesto que así como el oro vale mas que el azur, vale mil veces más y es más cumplida su prez que la del rey apóstata. Por aquella de quien es marido, por la buesna reina, lo siento (en especial) desde que me dijo palabras que me desenojan. Si a ella le agradase, le recordaría lo de Berenguer de Besalú, pero no puedo menos de aborrecer sus malos y villanos hechos; pues llegó a dar muerte y a hacer traición a aquel mismo de quien salió su linaje».

Más tarde volvió a insistir en nuevo serventesio que Milá⁹ cree anterior a 1187:

<i>Aragónés fan gran dol,</i>	<i>Tal que-s lauza en chantant,</i>
<i>Catalan e silh d'Urgelb,</i>	<i>E vol mais deniers q'onor,</i>
<i>Quar non an qui los capdelb</i>	<i>E pendet son ancessor,</i>
<i>Mas un senhor flac é gran,</i>	<i>Per que-s destrui e s'enferna.</i>

«Los aragoneses, los catalanes y los de Urgel se duelen en gran manera, pues no tienen quien les acaudille, sino un señor flaco y alto, que se alaba así mismo cantando, y prefiere dineros a honor, y que ahorcó a su antecesor, por lo que se destruye y se condena».

9. *Ibidem*, págs. 97 y 101, nota 21.

La alusión es clara, el antecesor de Alfonso II, aquel de quien salió su linaje y que ha mandado ahorcar, no puede ser otro que el pseudo Alfonso el Batallador. Ya lo expresó así Dámaso Sangorrín, a mi juicio, acertadamente. Es de notar que, según esta alusión, fue Alfonso II y no doña Petronila quien mandó ahorcar al impostor. La fecha de estos serventesios, entre 1184 y 1187, según los datos apuntados por Milá¹⁰, encaja perfectamente con la fecha de la muerte del impostor dada por los *Anales turolenses*. No es necesario indagar las fuentes de que se valió Bertrán de Born, ya que el suceso era público y notorio. En todo caso, la amistad del trovador con caballeros catalanes y aragoneses y con Gastón de Bearne explicarían sus informaciones.

Escapa ya de los límites de este artículo, el comentario del apelativo de monje que el trovador da a Ramiro II y las alusiones a García Ramírez.

10. *Ibidem*, págs. 93 y 101.